

EL DESDEN CON EL DESDEN.

COMEDIA FAMOSA

DE DON AGUSTIN MORETO.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Carlos, conde de Urgel.

El príncipe de Bearne.

Don Gaston, conde de Fox.

Diana, princesa.

Cintia, dama.

Laura, dama.

*El conde de Barcelona, padre
de Diana.*

Polilla, gracioso.

Damas. Músicos.

JORNADA PRIMERA.

Salen Carlos y Polilla.

Carl. Yo he de perder el sentido
con tan extraña mujer.

Pol. Dame tu pena á entender,
señor, por recién venido:
cuando te hallo en Barcelona
lleno de aplauso y honor,
donde tu heroico valor
todo su pueblo pregona:
cuando sobra á tus victorias
ser Carlos conde de Urgel,
y en el mundo no hay papel
donde se escriban tus glorias;
¿qué causa ha podido haber
de que estés tan mal guisado,
que, por más que la he pensado,
no la puedo comprender?

Carl. Polilla, mi desazon
tiene mas naturaleza;
este pesar no es tristeza,
sino desesperacion.

Pol. ¿Desesperación? Señor,
que te enfrenes te aconsejo,

que tiras algo á hermejo.

Carl. No burles de mi dolor.

Pol. ¿Yo burlar? esto es templatte;
mas tu desesperacion,
¿qué tanta es á esta sazón?

Carl. La mayor. *P.* ¿Cosa de ahorcarte?
que si no, poco te ahoga.

Carl. No te burles, que me enfado.

Pol. Pues si estás desesperado,
¿hago mal en darte sogá?

Carl. Si dejáras tu locura,
mi mal te comunicara,
porque la agudeza rara
de tu ingenio me asegura,
que algun medio discurriera,
como otras veces me has dado,
con que alivie mi cuidado.

Pol. Pues, señor, polilla fuera:
desembucha tu pasion,
y no tenga tu cuidado,
teniéndola en tu criado,
polilla en el corazon.

Carl. Ya sabes que á Barcelona,
del ocio de mis estados,

me trajeron los cuidados
de la fama, que pregonaba
de Diana la hermosura,
de esta corona heredera,
en quien la dicha que espera
tanto príncipe procura,
compitiendo en un deseo
gala, brio y discrecion.

Pol. Ya sé que sin pretension
viniste á este galanteo,
por lucir la bazarria
de tus heróicos blasones,
y que en todas las acciones
siempre te has llevado el dia.

Carl. Pues oye mi sentimiento.

Pol. ¿Ello estás enamorado?

Carl. Sí estoy.

Pol. Gran susto me has dado.

Carl. Pues escucha. *Pol.* Va de cuento.

Carl. Ya sabes como en Urgel
tuve, antes de mi partida,
del amor del de Bearne
y el de Fox larga noticia.
De Diäna pretendientes,
dieron con sus bazarrias
voz á la fama, y asombro
á todas estas provincias.
El ver de amor tan rendidos,
como la fama publica,
dos príncipes tan bizarros,
que aun los alaba la envidia,
me llevó á ver si esto en ellos
era por galanteria,
gusto, opinion ó violencia
de su hermosura divina.
Entré, pues, en Barcelona,
vila en su palacio un dia,
sin susto del corazon
ni admiracion de la vista:
ví una hermosura modesta
con muchas señas de tibia;
mas sin defecto comun
ni perfeccion peregrina
de aquellas en quien el juicio,
cuando las vemos queridas,
por la admiracion apela
al no sé qué, ó á la dicha.
La ocasion de verme entre ellos,
cuando al valor desafian
en públicas competencias
con que el favor solicitan,

ya que no pudo á mi amor,
empeñó mi bazarria
ya en fiestas, y ya en torneos,
y otras empresas debidas
al culto de una deidad
á cuya soberanía,
sin el empeño de amor,
la obligacion sacrifica.
Tuve en todas tal fortuna
que, dejando deslucidas
sus acciones, sali siempre
coronado con las mias.
Y el vulgo con el suceso,
la corona merecida
por la suerte dió á mi frente
por mérito, siendo dicha,
que cualquiera de los dos
que en ella me competia
la mereció mas que yo;
pero para conseguirla
tuve yo el faltarme amor,
y no tener la codicia
con que ellos la deseaban;
y así por fuerza fue mia:
que en los casos de la suerte,
por tema de su malicia,
se van siempre las venturas
á quien no las solicita.
Siendo, pues, mis alabanzas
de todos tan repetidas,
solo en Diäna hallé siempre
una entereza, tan hija
de su esquivia condicion,
que, siendo mis bazarrias
dedicadas á su aplauso,
nunca me dejó noticia,
ya que no de favorable,
siquiera de agradecida.
Y esto con tanta esquivéz,
que en todos dejó la misma
admiracion que en mis ojos,
pues la extraña demasia
de su entereza pasaba
del decoro la medida,
y excediendo de recato,
tocaba ya en groseria:
que á las damas de tal nombre
puso el respeto dos lineas;
una es la desatencion,
y otra el favor; mas la avisa,
que ponga entre ellas la planta

tan ajustada y medida,
 que en una ni en otra toque;
 porque si de agradecida
 adelanta mucho el pie,
 la raya del favor pisa,
 y es ligereza; y si entera
 mucho la planta retira,
 por no tocar el favor,
 pisa en la descortesía.
 Este error hallé en Diana,
 que empeñó mi bazarria
 á moverla por lo menos
 á atencion, si no á caricia;
 y este deseo en las fiestas
 me obligaba á repetirlas,
 á buscar nuevos empeños
 al valor y á la osadía.
 Mas nunca pude sacar
 de su condicion esquivas
 mas que mas causa á la queja,
 y mas culpa á la malicia.
 De esto nació el inquirir
 si ella conmigo tenia
 alguna aversion ó queja
 mal fundada ó presumida,
 y averigüé que Diana
 del discurso las primicias,
 con las luces de su ingenio,
 las dió á la filosofía.
 De este estudio, y la leccion
 de las fábulas antiguas,
 resultó un comun desprecio
 de los hombres, unas iras
 contra el órden natural
 del amor, con quien fabrica
 el mundo á su duracion
 alcázares en que viva:
 tan estable en su opinion,
 que da por sentencia fija
 el querer bien por pasion
 de las mujeres indigna;
 tanto, que siendo heredera
 de esta corona, y precisa
 la obligacion de casarse,
 la renuncia y desestima,
 por no ver que haya quien triunfe
 de su condicion altiva.
 A su cuarto hace la selva
 de Diana, y son las ninfas
 sus damas, y en este estudio
 las emplea todo el dia.

Solo adornan sus paredes
 de las ninfas fugitivas
 pinturas que persuaden
 al desden: allí se mira
 á Dafne huyendo de Apolo;
 Anajarte convertida
 en piedra por no querer;
 Aretusa en fuentequilla,
 que el tierno llanto de Alfeo
 paga en lágrimas esquivas.
 Y viendo el conde su padre
 que en este error se confirma
 cada dia con mas fuerza,
 que la razon no la obliga,
 que sus ruegos no la ablandan,
 y con tal furia se irrita
 en hablándola de amor,
 que teme que la encamina
 á un furor desesperado:
 que el medio mas blando elija
 le aconseja su prudencia,
 y á los principes convida,
 para que haciendo en su aplauso
 fiestas y galanterías,
 sin la persuasion ni el ruego,
 la naturaleza misma
 sea quien lidie con ella,
 por si teniendo á la vista
 aplausos y rendimientos,
 ansias, lisonjas, caricias,
 su propio interes la vence,
 ó la obligacion la inclina;
 que á quien la razon no labra,
 endurece la porfia
 del persuadir; y no hay cosa
 como dejar á quien lidia
 con su misma sinrazon,
 pues si ella mesma le guia
 al error, en dando en él,
 es fuerza quedar vencida;
 porque no hay con el que á oscuras
 por un mal paso camina,
 para que vea su engaño,
 mejor luz que la caída.
 Habiendo ya averiguado
 que esto en su opinion esquivas
 era desprecio comun,
 y no repugnancia mia,
 claro está que yo debiera
 sosegarme en mi porfia;
 y considerando bien

opinion tan exquisita,
 primero que á sentimiento,
 pudiera moverme á risa.
 Pues para que se conozca
 la vileza más indigna
 de nuestra naturaleza,
 aquesta hermosura misma,
 que yo antes libre miraba
 con tantas partes de tibia,
 cuando la ví desdenosa,
 por lo imposible á la vista,
 la que miraba comun,
 me pareció peregrina.
 ¡Oh bajeza del deseo!
 que aunque sea á la codicia
 de mas precio lo que alcanza
 que lo que se le retira,
 solo por la privacion
 de mas valor lo imagina,
 y da el precio á lo difícil,
 que su mismo ser le quita.
 Cada vez que la miraba
 mas bella me parecia,
 yendo creciendo en mi pecho
 este fuego tan aprisa,
 que absorto de ver la llama,
 á ver la causa volvía,
 y hallaba que aquella nieve
 de su desden muda y tibia
 producía en mí este incendio:
 ¡qué ejemplo para el que olvida!
 Seguro piensa que está
 el que en la ceniza fria
 tiene ya su amor difunto:
 ¡qué engañado lo imagina!
 Si amor se enciende de nieve
 ¿quién se fia en la ceniza?
 Corrido yo de mis ansias,
 preguntaba á mis fatigas:
 ¿traidor corazon, qué es esto?
 ¿qué es esto, alevés caricias?
 La que neutral no os agrada,
 ¿os parece bien esquivar?
 La que vista no os suspende,
 ¿cuando es ingrata os admira?
 ¿Qué le añade á la hermosura
 el rigor que la ilumina?
 ¿Con el desden es hermosa
 la que sin desden fue tibia?
 El desprecio ¿no es injuria?
 La que desprecia ¿no irrita?

Pues la que no pudo afable,
 ¿por qué os arrastra enemiga?
 La crueldad á la hermosura
 el ser de deidad le quita;
 ¿pues qué, para mí la ensalza
 lo que para sí la humilla?
 Lo inhumano se aborrece;
 ¿pues á mí cómo me obliga?
 ¿Qué es esto? ¿amor? ¿es acaso
 hermosa la tiranía?
 No es posible, no; esto es falso:
 no es esto amor, ni hay quien diga
 que arrastrar pudo inhumana
 la que no movió divina.
 ¿Pues qué es esto? ¿esto no es fuego?
 sí, que mi ardor lo acredita;
 no, que el hielo no lo causa;
 sí, que el pecho lo publica.
 No puede ser, no es posible,
 no, que la razon implica;
 ¿pues qué será? esto es deseo
 ¿de qué? de mi muerte misma.
 Yo mi mal querer no puedo:
 ¿pues qué será? ¿una codicia
 de aquello que se me aparta?
 no, porque no lo querría
 el corazon: ¿esto es tema?
 no: pues alma, ¿qué imaginas?
 bajeza es del pensamiento;
 no es sino soberanía
 de nuestra naturaleza,
 cuya condicion altiva
 todo lo quiere rendir,
 como superior se mira;
 y habiendo visto que hay pecho
 que á su halago no se rinda,
 el dolor de este desden
 le abrasa y le martiriza,
 y produce un sentimiento
 con que á desear le obliga
 vencer aquel imposible;
 y ardiendo en esta fatiga,
 como hay parte de deseo,
 y este deseo lastima,
 parece efecto de amor,
 porque apetece y aspira,
 y no es sino un sentimiento
 equivocado en caricia.
 Esto la razon discurre:
 mas la voluntad indigna
 toda la razon me arrastra,

y todo el valor me quita.
Sea amor ó sentimiento,
nieve, ardor, llama ó ceniza,
yo me abraso, yo me rindo
á esta furia vengativa
de amor contra la quietud
de mi libertad tranquila;
y sin esperanza alguna
de sosiego en mis fatigas,
yo padezco en mi silencio,
yo mismo soy de las iras
de mi dolor alimento,
mi pena se hace á sí misma,
porque mas que mi deseo
es rayo que me fulmina,
aunque es tan digna la causa,
el ser la razon indigna,
pues mi ciega voluntad
se lleva y se precipita
del rigor, de la crueldad,
del desden, la tiranía,
y muero mas que de amor,
de ver que á tanta desdicha,
quien no pudo como hermosa,
me arrastrase como esquivia.

Pol. Atento, señor, he estado,
y el suceso no me admira;
porque eso, señor, es cosa
que sucede cada día.
Mira, siendo yo muchacho
había en mi casa vendimia,
y por el suelo las uvas
nunca me daban codicia.
Pasó este tiempo, y despues
colgaron en la cocina
las uvas para el invierno:
y yo viéndolas arriba,
rabiaba por comer de ellas
tanto, que trepando un día
por alcanzarlas, caí,
y me quebré las costillas:
este es el caso, él por él.

Carl. No el ser natural me alivia,
si es injusto el natural.

Pol. Dime, señor, ella ¿mira
con mas cariño á otro?

*Salen el conde de Barcelona, el príncipe de Bearne, y don Gaston
conde de Fox.*

Cond. Príncipes, vuestro justo sentimiento,
mirado bien, no es vuestro, sino mio:
ningun remedio intento,

Carl. No.

Pol. Y ellos ¿no la solicitan?

Carl. Todos vencerla pretenden.

Pol. Pues á que cae mas aprisa
apostaré.

Carl. ¿Por qué causa?

Pol. Solo porque es tan esquivia.

Carl. ¿Cómo ha de ser?

Pol. Verbi gracia:

¿viste una breva en la cima
de una higuera, y los muchachos
que en alcanzarla porfian,
piedras la tiran á pares,
y aunque á algunas se resista,
al cabo, de aporreada
con las piedras que la tiran
viene á caer mas madura?
pues lo mismo aquí imagina.
Ella está tiesa, y muy alta,
tú tus pedradas le tiras,
los otros tiran las suyas:
luego, por mas que resista,
ha de venir á caer,
de una y otra á la porfia,
mas madura que una breva;
mas, cuidado á la caída,
que el cogerla es lo que importa,
que ella caerá como hay viñas.

Carl. El conde su padre viene.

Pol. Acompañado se mira
del de Fox y el de Bearne.

Carl. Ninguno tiene noticia
del incendio de mi pecho,
porque mi silencio abriga
el áspid de mi dolor.

Pol. Esa es mayor valentía:
callar tu pasion es mucho,
vive Dios. ¿Por qué imaginas,
que llaman ciego á quien ama?

Carl. Porque sus yerros no mira.

Pol. No tal.

Carl. ¿Pues por qué está ciego?

Pol. Porque el que ama al ciego imita.

Carl. ¿En qué?

Pol. En cantar la pasion
por calles y por esquinas.

que no le venza el ciego desvario
de Diána, en quien hallo
cada vez menos medios de enmendallo;
ni del poder de padre á usar me atrevo,
ni del de la razon, porque se irrita
tanto cuando de amor á hablarla pruebo,
que á mas daño el furor la precipita:
ella, en fin, por no amar ni sujetarse,
quiere morir primero que casarse.

Gast. Esa, señor, es opinion aguda
de su discurso á los estudios dado,
que el tiempo solo ó la razon la muda,
y sin razon estás desesperado.

Cond. Conde de Fox, aunque verdad es esa,
no me atrevo á empeñaros en la empresa
de que asistais en vano á su hermosura,
faltando en vuestro estado á su asistencia.

Bearn. Señor, con tu licencia,
el que es capricho injusto nunca dura;
y aunque el vencerle es muy dificultoso,
yo estoy perdiendo tiempo mas airoso,
ya que á este intento de Bearne vine,
que dejando la empresa mi constancia,
porque es mayor desaire que imagine
nadie que la dejé por inconstancia;
ni ese crédito es de su hermosura,
ni del honesto amor que la procura.

Carl. El principe, señor, ha respondido
como galan, bizarro y caballero,
que aun en mí, que he venido
sin ese empeño, solo aventurero,
á festejar no haciendo competencia,
dejar de proseguir fuera indecencia.

Cond. Príncipes, lo que siento es empeñaros
en porfiar, cuando halla la porfia
de mayor resistencia indicios claros:
si la gala, el valor, la bizarria
no la mueve, ni inclina, ¿con qué intento
vencer imaginais su entendimiento?

Pol. Señor, un necio á veces halla un medio
que aprueba la razon; si dais licencia,
yo me atreveré á daros un remedio
con que, aunque ella aborrezca su presencia,
se le vayan los ojos hechos fuentes
tras cualquiera galan de los presentes.

Carl. ¿Pues qué medio imaginas?

Pol. Como mio.

Hacer justas, torneos á una ingrata,
es poner ollas á quien tiene hastío:
el medio es que rendirla no dilata
poner en una torre á la princesa,

sin comer cuatro dias, ni ver mesa;
y luego han de pasar estos galanes
delante de ella, convidando á escote,
el uno con seis pollas y dos panes,
el otro con un plato de jigote;
y á mí me lleve el diablo, si lo viere,
si tras ellos corriendo no saliere.

Carl. Calla, loco, bufon.

Pol. ¿Esto es locura?

Ejecútese el medio, y á la prueba:
sitien luego por hambre su hermosura,
y verán si los ojos no la lleva
quien sacáre un vestido de camino
guarnecido de lonjas de tocino.

Bearn. Señor, solo una cosa por mí pido,
que don Gaston tambien ha de querella:
nunca hablar á Diäna hemos podido;
danos licencia tú de hablar con ella,
que el trato y la razon puede mudarla.

Cond. Aunque la ha de negar, he de intentarla:
pensad vosotros medios y ocasiones
de mover su entereza, que á escucharos
yo la sabré obligar con mis razones,
que es cuanto puedo hacer para ayudaros
á la empresa tan justa y deseada,
de ver mi sucesion asegurada. *Vase.*

Bearn. Condes, crédito es ya de la nobleza
de nuestra heróica sangre la porfia
de rendir el desden de su belleza:
juntos la hemos de hablar.

Carl. Yo compañía
al empeño os haré, mas no al deseo,
porque yo sin amor sigo este empleo.

Gast. Pues ya que vos no estais enamorado,
¿qué medios seguiremos de obligalla?
que esto lo ve mejor el descuidado.

Carl. Yo un medio sé que mi silencio calla;
porque otro empeño es, que al proponerle
cualquiera de los dos ha de quererle.

Bearn. Decís bien.

Gast. Pues, Bearne, vamos luego
á imaginar festejos y finezas.

Bearn. A introducir en su desden el fuego.

Gast. Ríndanse á nuestro ingenio sus tibiezas.

Carl. Yo á eso asistiré.

Bearn. Pues á esta gloria. *Vase con don Gaston.*

Carl. Y que del mas feliz sea la victoria.

Pol. ¿Pues qué es esto, señor? ¿Por qué has negado
tu amor?

Carl. He de seguir otro camino
de vencer su desden tan desusado:

ven, y yo te diré lo que imagino,
que tú me has de ayudar.

Pol. Eso no hay duda.

Carl. Allá has de entrar.

Pol. Seré Simon, y ayuda.

Carl. ¿Sabráste introducir?

Pol. Y hacer pesquisas.

¿Yo Polilla no soy? ¿eso previenes?

me sabré introducir en sus camisas.

Carl. Pues ya á mi amor le doy los parabienes.

Pol. Vamos, que si eso importa á las marañas,
yo sabré apolillarle las entrañas. *Vanse.*

*Salen Diana, Cintia, Laura, damas
y música.*

Musica. Huyendo la hermosa Dafne,
burla de Apolo la fe;
sin duda la sigue un rayo,
pues la defiende un laurel.

Dian. ¿Qué bien que suena en mi oído
aquel honesto desden!

¿que hay mujer que quiera bien!

¿que haya pecho agradecido!

Cint. ¿Que por error su agudeza
quiera el amor condenar;
y si lo es, quiera enmendar
lo que erró naturaleza!

Dian. Ese romance cantad;
proseguid, que el que le hizo
bien conoció el falso hechizo
de esa tirana deidad.

Musica. Poca ó ninguna distancia
hay de amar á agradecer;
no agradezca la que quiere
la victoria del desden.

Dian. ¿Qué bien dice! Amor es niño,
y no hay agradecimiento

que al primer paso, aunque lento,

no tropiece en su cariño.

Agradecer, es pagar

con un decente favor;

luego quien paga el amor,

ya estima el verse adorar.

Pues si estima agradecida

ser amada una mujer,

¿qué falta para querer

á quien quiere ser querida?

Cint. El agradecer, Diana,

es deuda noble y cortés:

la que agradecida es,

no se infiere que es liviana.

Que agradece la razon

siempre en nosotras se infiere;

la voluntad es quien quiere;

distintas las cosas son:

luego si hay diversidad

en la causa y el intento,

bien puede el entendimiento

obrar sin la voluntad.

Dian. Que haber puede estimacion

sin amor, es la verdad;

porque amar es voluntad,

y agradecer es razon.

No digo que ha de querer

por fuerza la que agradece;

pero, Cintia, me parece

que está cerca de caer.

Y quien de esto se asegura,

no teme, ó no vé el engaño,

porque no recela el daño

quien al riesgo se aventura.

Cint. El ser desagradecida

es delito descortés.

Dian. Pero el agradecer es

peligro de la caída.

Cint. Yo el delito no permito.

Dian. Ni yo un riesgo tan extraño.

Cint. Pues por excusar un daño,

¿es bien hacer un delito?

Dian. Sí, siendo tan contingente

el riesgo.

Cint. ¿Pues no es menor,

si es contingente, este error,

que ese delito presente?

Dian. No, que es mas culpa el amar,

que falta el no agradecer.

Cint. ¿No es mejor, si puede ser,

el no querer y estimar?

Dian. No; porque á querer se ha de ir.

Cint. ¿Pues no puede allí parar?

Dian. Quien no resiste á empezar,

no resiste á proseguir.

Cint. Pues el ser agradecida
¿no es mejor, si esto es ganancia,
y gastar esa constancia
en resistir la caída?

Dian. No, que eso es introducirle
al amor; y al desecharle,
no basta, para arrojarle,
lo que puede resistirle.

Cint. Pues cuando eso haya de ser,
mas que á la atencion faltar,
me quiero yo aventurar
al peligro de querer.

Dian. ¿Qué es querer? tú hablas así
ó atrevida, ó sin cuidado:
sin duda te has olvidado
que estás delante de mí.
¿Querer se ha de imaginar
en mi presencia? ¿querer?
Mas eso no puede ser:
Laura, volved á cantar.

Musíc. No se fie en las caricias
de Amor, quien niño le ve,
que con presencia de niño
tiene decretos de rey.

Sale Polilla de médico gracioso.

Pol. Plegue al cielo que dé fuego
mi entrada.

Dian. ¿Quién entra aquí?

Pol. Ego.

Dian. ¿Quién?

Pol. Mihi, vel mihi:

Scholasticus sum ego,
pauper, et enamoratus.

Dian. ¿Vos enamorado estais?

¿pues cómo entrar aquí osais?

Pol. No, señora; escarmentatus.

Dian. ¿Qué os escarmentó?

Pol. Amor ruin;
y escarmentado en su error,
me he hecho médico de amor,
por ir de ruin á rocin.

Dian. ¿De dónde sois?

Pol. De un lugar.

Dian. Fuerza es.

Pol. No he dicho poco,
que en latin lugar es loco.

Dian. Ya os entiendo.

Pol. Pues andar.

Dian. ¿Y á qué entraís?

Pol. La fama oí

de vos, con admiracion
de tan rara condicion.

Dian. ¿Dónde supisteis de mí?

Pol. En Acapulco.

Dian. ¿Dónde es?

Pol. Media legua de Tortosa;

y mi codicia ambiciosa
de saber curar despues
del mal de amor, sarna insana,
me trajo á veros por Dios,
por solo aprender de vos:
partime luego á la Habana,
por venir á Barcelona,
y tomé postas allí.

Dian. ¿Postas en la Habana?

Pol. Si,

y me apeé en Tarragona,
de donde vengo hasta aquí,
como hace fuerte el verano,
á pie á pedirós la mano.

Dian. ¿Y qué os parece de mí?

Pol. Eso es fuerza que me aturda:
no tiene amor mejor flecha,
que vuestra mano derecha,
sino es que saqueis la zurda.

Dian. Buen humor teneis.

Pol. Así;

¿gusta mi conversacion?

Dian. Sí.

Pol. Pues con una racion
os podeis hartar de mí.

Dian. Yo os la doy.

Pol. Beso.... ¿Qué error!

¿Beso dije? ya no beso.

Dian. ¿Pues por qué?

Pol. El beso es queso
de los ratones de amor.

Dian. Yo os admito.

Pol. Dios delante:
mas sea con plaza de honor.

Dian. ¿No sois médico?

Pol. Hablador,
y así seré platicante.

Dian. ¿Y del mal de amor, que mata,
cómo curais?

Pol. Al que es franco
curo con ungüento blanco.

Dian. ¿Y sana?

Pol. Sí, porque es plata.

Dian. ¿Estais mal con él?

Pol. Su nombre

me mata. Llamó al amor
Averroes, hernia, humor
que hila las tripas á un hombre.
Amor, señora, es congoja,
traicion, tiranía villana,
y solo el tiempo le sana,
suplicaciones, y aloja.
Amor es quita razon,
quita sueño, quita bien,
quita pelillos tambien,
que hará calvo á un motilon;
y las que él obliga á amar,
todas acaban en quita,
Francisquita, Mariquita,
por ser todas al quitar.

Dian. Lo que yo habia menester
para mi divertimento
tengo en vos.

Pol. Con ese intento
vine yo desde Añover.

Dian. ¿Añover?

Pol. Él me crió,
que en este lugar extraño
se ven melones cada año,
y así Añover se llamó.

Dian. ¿Cómo os llamais?

Pol. Caniquí.

Dian. Caniquí, á vuestra venida
estoy muy agradecida.

Pol. Para las dueñas nació.

Ya yo tengo introduccion: *ap.*
así en el mundo sucede,
lo que un príncipe no puede,
yo he logrado por bufon.
Si ahora no llega á rendilla
Carlos, sin maña se viene,
pues ya introducida tiene
en su pecho la polilla.

Laur. Con los príncipes tu padre
viene, señora, acá dentro.

Dian. ¿Con los príncipes? ¿qué dices?
¿qué intenta mi padre, cielos!
si es repetir la porfia
de que me case, primero
rendiré el cuello á un cuchillo.

Cint. ¿Hay tal aborrecimiento
de los hombres! ¿Es posible,
Laura, que el brio, el aliento
del de Urgél no la arrebaté!

Laur. Que es hermafrodita pienso.

Cint. A mí me lleva los ojos.

Laur. Y á mí el Caniquí en secreto
me ha llevado las narices,
que me agrada para lienzo.

Sale el Conde con los tres príncipes.

Cond. Príncipes, entrad conmigo.

Carl. Sin alma á sus ojos vengo: *ap.*
no sé si tendré valor
para fingir lo que intento:
siempre la hallo mas hermosa.

Dian. ¿Cielos! ¿qué puede ser esto? *ap.*

Cond. Hija Diána.

Dian. Señor.

Cond. Yo, que á tu decoro atiendo,
y á la deuda en que me ponen
los condes con sus festejos,
habiendo de ellos sabido
que del retiro que has hecho
de su vista están quejosos.....

Dian. Señor, que me dés, te ruego,
licencia, antes que prosigas,
ni tu palabra haga empeño
de cosa que te esté mal,
de prevenirte mi intento.
Lo primero es, que contigo
ni voluntad tener puedo,
ni la tengo, porque solo
mi albedrío es tu precepto.
Lo segundo es, que el casarme,
señor, ha de ser lo mismo
que dar la garganta á un lazo,
y el corazon á un veneno.
Casarme y morir, es uno;
mas tu obediencia es primero
que mi vida. Esto asentado,
venga ahora tu decreto.

Cond. Hija, mal has presumido;
que yo casarte no intento,
sino dar satisfaccion
á los príncipes, que han hecho
tantos festejos por tí:
y el mayor de todos ellos
es pedirte por esposa,
siendo tan digno su aliento,
ya que no de tus favores,
de mis agradecimientos.
Y no habiendo de otorgarlo,
debe atender mi respeto
á que ninguno se vaya
sospechando que es desprecio,
sino aversion que tu gusto
tiene con el casamiento.

Y tambien que esto no es
resistencia á mi precepto,
cuando yo no te lo mando,
porque el amor que te tengo
me obliga á seguir tu gusto;
y pues tú en seguir tu intento
ni á mí me desobedeces,
ni los desprecias á ellos,
dales la razon que tiene
para esta opinion tu pecho,
que esto importa á tu decoro,
y acredita mi respeto. *vase.*

Dian. Si eso pretendéis no mas,
oid, que dáosla quiero.

Gast. Solo á ese intento venimos.

Bearn. Y no extrañéis el deseo,
que mas extraña es en vos
la aversion al casamiento.

Carl. Yo, aunque á saberlo he venido,
solo ha sido con pretexto,
sin extrañar la opinion,
de saber el fundamento.

Dian. Pues oid, que ya le digo.

Pol. Vive Dios, que es raro empeño:
¿si hallará razon bastante? *ap.*
porque será bravo cuento
dar razon para ser loca.

Dian. Desde aquel albor primero
con que amaneció al discurso
la luz de mi entendimiento
y el dia de la razon,
fue de mi vida el empleo
el estudio y la leccion
de la historia, en quien dá el tiempo
escarmiento á los futuros
con los pasados ejemplos.
Cuantas ruinas y destrozos,
tragedias y desconciertos
han sucedido en el mundo
entre ilustres y plebeyos,
todas nacieron de amor:
cuanto los sábios supieron,
cuanto á la filosofia
moral liquidó el ingenio,
gastaron en prevenir
á los siglos venideros
el ciego error, la violencia,
el loco, el tirano imperio
de esa mentida deidad,
que se introduce en los pechos
con dulce voz de cariño,

siendo un volcan allá dentro.

¿Qué amante jamás al mundo
dió á entender de sus efectos

sino lástimas, desdichas,
lágrimas, ansias, lamentos,
suspiros, quejas, sollozos,
sonando con triste estruendo
para lastimar, las quejas;
para escarmentar, los ecos?

Si alguno correspondido
se vió, paró en un despeño,
que al que no su tiranía,
le puso el poder del cielo.

Pues si quien se casa vá
á amar por deuda y empeño,

¿cómo se puede casar
quien sabe de amor el riesgo?

Pues casarse sin amor,
es dar causa sin efecto:

¿cómo puede ser esclavo
quien no se ha rendido al dueño?

¿Puede hallar un corazon
mas indigno cautiverio,

que rendirle su albedrío
á quien no manda el deseo?

El obedecerle es deuda;
¿pues cómo vivirá un pecho

con una obediencia fuera,
y una resistencia dentro?

Con amor, ó sin amor,

yo, en fin, casarme no puedo:

con amor, porque es peligro;

sin amor, porque no quiero.

Bearn. Dándome los dos licencia,
responderé á lo propuesto.

Gast. Por mi parte yo os la doy.

Carl. Yo, que responder no tengo,
pues la opinion que yo sigo
favorece aquel intento.

Bearn. La mayor guerra, señora,
que hace el engaño al ingenio,
es estar siempre vestido
de aparentes argumentos.

Dejando las consecuencias

que tiene amor contra ellos,

(que en un discurso engañado

suelen ser de menos precio)

la experiencia es la razon

mayor que hay para venceros,

porque ella sola concluye

con la prueba del efecto.

Si vos os negais al trato, siempre estareis en el yerro, porque no cabe experiencia donde se excusa el empeño. Vos vais contra la razón natural; y el propio fuero de nuestra naturaleza pervertis con el ingenio. No negueis vos el oído á las verdades del fuego; porque si es razón no amar, contra la razón no hay riesgo; y si no es razón, es fuerza que os ha de vencer el tiempo, y entonces será victoria publicar el vencimiento. Vos defendeis el desden, todos vencerle queremos; vos decís que eso es razón: permitíos al festejo; haced escuela el desden, donde, en nuestro galanteo, los intentos de obligaros han de ser los argumentos. Quién tiene razón veamos, porque ha de ser nuestro empeño inclinarnos al cariño, ó quedar vencidos ellos.

Dian. Pues para que conozcáis que la opinión que yo llevo es hija del desengaño, y del error vuestro intento, festejad, imaginad cuantos caminos y medios de obligar una hermosura tiene amor, halla el ingenio; que desde aquí me permito á lisonjas y festejos con el oído y los ojos, solo para convenceros de que no puedo querer, y que el desden que yo tengo, sin fomentarle el discurso, es natural en mi pecho.

Gast. Pues si argumento ha de ser desde hoy nuestro galanteo, todos vamos á argüir contra el desden y el despego. Principes, de la razón y de amor es ya el empeño: cada uno medio elija

de seguir este argumento; veamos, para concluir, quien elije mejor medio. *Vas.*

Bearn. Yo voy á escoger el mío; y de vos, señora, espero, que habeis de ser contra vos el mas agudo argumento. *Vas.*

Carl. Pues yo, señora, tambien, por deuda de caballero, proseguiré en festejaros: mas será sin ese intento.

Dian. ¿Pues por qué?

Carl. Porque yo sigo la opinión de vuestro ingenio; mas aunque es vuestra opinión, la mia es con mas extremo.

Dian. ¿De qué suerte?

Carl. Yo, señora, no solo querer no quiero, mas ni quiero ser querido.

Dian. ¿Pues en ser querido hay riesgo?

Carl. No hay riesgo, pero hay delito.

No hay riesgo, porque mi pecho tiene tan establecido

el no amar en ningún tiempo, que si el cielo compusiera una hermosura de extremos, y esta me amara, no hallara correspondencia en mi afecto.

Hay delito, porque cuando sé yo que querer no puedo, amarme, y no amar, seria faltar mi agradecimiento; y así yo, ni ser querido, ni querer, señora, quiero, porque temo ser ingrato, cuando sé yo que he de serlo.

Dian. ¿Luego vos me festejais sin amarme?

Carl. Eso es muy cierto.

Dian. ¿Pues para qué?

Carl. Por pagaros la veneración que os debo.

Dian. ¿Y eso no es amor?

Carl. ¿Amor?

no señora, esto es respeto.

Pol. Cuerpo de Cristo ¡qué lindo, qué bravo boton de fuego!

Échala de ese vinagre,

y verás, para su tiempo,

qué bravo escabeche sale.

Dian. Cintia, ¿has oído á este necio?
¿No es graciosa su locura?
Cint. Soberbia es.
Dian. ¿No será bueno enamorar á este loco?
Cint. Si, mas hay peligro en eso.
Dian. ¿De qué?
Cint. Que tú te enamores, si no logras el empeño.
Dian. Ahora eres tú mas necia: ¿pues cómo puede ser eso?
¿No me mueven los rendidos, y ha de arrastrarme el soberbio?
Cint. Esto, señora, es aviso.
Dian. Por eso he de hacer empeño de rendir su vanidad.
Cint. Yo me holgaré mucho dello.
Dian. Proseguid la bizarria, que yo ahora os la agradezco con mayor estimacion, pues sin amor os la debo.
Carl. ¿Vos agradeceis, señora?
Dian. Es porque con vos no hay riesgo.
Carl. Pues yo iré á empeñarlos mas.
Dian. Y yo voy á agradecerlo.
Carl. Pues mirad, que no queráis, porque cesaré en mi intento.
Dian. No me costará cuidado.
Carl. Pues siendo así, yo lo acepto.
Dian. Andad. Venid, Caniquí.
Carl. ¿Qué decis?
Pol. Soy yo ese lienzo.
Dian. Cintia, rendido has de verle.
Cint. Si será; pero yo temo el que se trueque la suerte; y eso es lo que yo deseo. *ap. Vas.*

Dian. Mas, oid.
Carl. ¿Qué me queréis?
Dian. Que si acaso os muda el tiempo...
Carl. ¿A qué, señora?
Dian. A querer;
Carl. ¿Qué he de hacer?
Dian. Sufrir desprecios.
Carl. ¿Y si en vos hubiese amor?
Dian. Yo no querré.
Carl. Así lo creo.
Dian. ¿Pues qué pedís?
Carl. Por si acaso...
Dian. Ese acaso está muy lejos.
Carl. ¿Y si llega?
Dian. No es posible.
Carl. Supongo.
Dian. Yo lo prometo.
Carl. Eso pido.
Dian. Bien está, quede así.
Carl. Guárdeos el cielo.
Dian. Aunque me cueste un cuidado, he de rendir á este necio. *Vas.*
Pol. Señor, buena va la danza.
Carl. Polilla, yo estoy muriendo: todo mi valor ha habido menester mi fingimiento.
Pol. Señor, llévale adelante, y verás si no dá fuego.
Carl. Eso importa.
Pol. Ven, señor, que ya yo estoy acá dentro.
Carl. ¿Cómo?
Pol. Con lo Caniquí me he hecho ya lienzo casero.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Carlos y Polilla.

Carl. Polilla, amigo, el pesar me quita; dale á mi amor alivio.

Pol. A espacio, señor, que hay mucho que confesar.
Carl. Dímelo todo, que lucha con mi cuidado mi amor.

Pol. ¿Quieres besarme, señor?

Apártate allá y escucha.

Lo primero, esos bobazos de esos príncipes, ya sabes, que en fiestas y asuntos graves se están haciendo pedazos.

Fiesta tras fiesta no tarda, y con su desden tirano, hacer fiestas es en vano,

porque ella no se las guarda.
Ellos gastan su dinero
sin que con ello la obliguen,
y de enamorarla siguen
el camino carretero.
Y ellos mismos son testigos
que van mal; que á esta mujer
el alcanzarla ha de ser
echando por esos trigos.
Y es tan cierta esta opinion,
que con tu desden fingido
de tal suerte la has herido,
que ha pedido confesion;
y con mi bellaqueria
su pecho ha comunicado,
como ella me ha imaginado
doctor de esta teología.
Para rendirte, un intento
siempre á preguntar me sale:
mira tú de quién se vale,
para que se yerre el cuento.
Yo dije con voz madura:
si eso te trae cuidadosa,
para obligarle no hay cosa
como tu propia hermosura.
Hazle un favor, golpe en bola,
de cuando en cuando al cuitado,
y en viéndole enamorado,
vuélvete y dile, mamola.
Ella de mi parecer
se ha agradado de tal arte,
que ya está en galantearte;
mas ahora es menester
que con ceño impenetrable,
aunque parezcas grosero,
siempre te estés mas entero
que bolsa de miserable.
No te piques con la salsa;
no piense tu boberia
que está la casa vacia,
por ver la cédula falsa;
porque ella la trae pegada,
y si tú vas á leella,
has de hallar que dice en ella,
aquí no se alquila nada.

Carl. ¿Y de eso, qué ha de sacarse?

Pol. Que se pique esta mujer.

Carl. ¿Pues cómo puedes saber
que ha de venir á picarse?

Pol. ¿Cómo picarse? eso es bueno:

si ella lo finge diez dias,
y tú de ella te desvías,
te ha de querer al onceno;
á los doce ha de rabiarse,
y á los trece me parece
que, aunque ella se esté en sus trece,
te ha de venir á rogar.

Carl. Yo pienso que dices bien
pero temo de mi amor
que si ella me hace un favor,
no sepa hacerla un desden.

Pol. ¿Qué mas dijera una niña!

Carl. ¿Pues qué haré?

Pol. Mostrarte helado.

Carl. ¿Cómo, si estoy abrasado?

Pol. Beber mucha garapiña.

Carl. Yo he de esforzar mi cuidado.

Pol. Ah, si, ¡pese á mi memoria!

que lo mejor de la historia
es lo que se me ha olvidado:
ya sabes que ahora son
carnestolendas.

Carl. ¿Y pues?

Pol. Que en Barcelona uso es
de esta gallarda nacion,
que con fiestas se divierte,
llevar, sin nota en su fama,
cada galan á su dama.

Esto en palacio es por suerte:

ellas eligen colores,
pide una el galan que viene,
y la dama que la tiene,
va con él, y á hacer favores
al galan el dia la empeña,
y él se obliga á ser iman;

y es gusto, porque hay galan
que suele ir con una dueña.

Esto supuesto, Diána
contigo el ir ha dispuesto,
y no sé, por lograr esto,
como han puesto la payana.

Ello está trazado ya;
mas ella sale: hacia allí
te esconde, no te halle aquí,
porque lo sospechará.

Carl. Persuade tú á su desvío
que me enamore.

Pol. Es forzoso:
tú eres enfermo dichoso,
pues te cura el beber frio.

Retírase Carlos, y salen Diana, Cintia y Laura.

Dian. Cintia, este medio he pensado para rendirle á mi amor: yo he de hacerle mas favor; todas, como os he mandado, como yo, habeis de traer cintas de todos colores, con que al pedir los favores, podreis cualquiera escoger el galan que os pareciere; pues cualquier color que pida, ya la teneis prevenida, y la que el de Urgel pidiere, dejádmela para mi.

Cint. Gran victoria has de alcanzar, si le sabes obligar á quererte.

Dian. ¿Caniqui?

Pol. ¡Oh luz de este firmamento!

Dian. ¿Qué hay de nuevo?

Pol. Me he hecho amigo de Carlos.

Dian. Mucho me obligo de tu cuidado.

Pol. Asi intento *ap.* ser espía, y del consejo: no es mi prevencion muy vana, que esto es echar la botana, por si se sale el pellejo.

Dian. ¿Y no has descubierto nada de lo que yo de él procuro?

Pol. ¡Ay señora! está mas duro que huevo para ensalada; pero yo sé tretas bravas con que has de hacerle bramar.

Dian. Pues tú lo has de gobernar.

Pol. ¡Ay pobreta, que te clavas! *ap.*

Dian. Mil escudos te apercibo, si tú su desden allanas.

Pol. Si haré: el emplasto de ranas pondré por madurativo. Y si le vieses querer, ¿qué haras despues de tentarle?

Dian. ¿Qué? ofenderle, despreciarle, ajarle, y darle á entender que ha de rendir sus sosiegos á mis ojos por despojos.

Carl. (al paño). ¡Fuego de amor en tus ojos!

P. ¡Qué gran gusto es ver dos juegos! *ap.*

Digo, ¿y no sería mejor, despues de haberle rendido, tener piedad del caído?

Dian. ¿Qué llamas piedad?

Pol. De amor.

Dian. ¿Qué es amor?

Pol. Digo, querer, así, al modo de empezar, que aquesto de pellizcar no es lo mismo que comer.

Dian. ¿Qué es lo que dices? ¿querer? ¿yo me habia de rendir? Aunque le viera morir, no me pudiera mover.

Carl. ¡Hay mujer mas singular! ¡Oh cruel!

Pol. Déjame hacer, que no solo ha de querer, vive Dios, sino envidar.

Carl. Yo salgo: el alma se abrasa.

Pol. Carlos viene.

Dian. Disimula.

Pol. Lástima es que tome bula. *ap.* ¡Si supiera lo que pasa!

Dian. Cintia, avisa cuando es hora de ir al sarao.

Cint. Ya he mandado que estén con ese cuidado.

Carl. Y yo el primero, señora, vengo, pues es deuda igual, á cumplir mi obligacion.

Dian. ¿Pues cómo, sin aficion, sois vos el mas puntuül?

Carl. Como tengo el corazon sin los cuidados de amar, tiene el alma mas lugar de cumplir su obligacion.

Pol. Hazle un favorcillo al vuelo, por si mas grato le vés.

Dian. Eso procuro.

Pol. Esto es *ap.* hacerla escupir al cielo.

Dian. Mucho, no teniendo amor, vuestra asistencia me obliga.

Carl. Si es mandarme que prosiga, sin hacerme ese favor lo haré yo, porque obligada á eso mi atencion está.

Dian. Poca lumbre el favor dá.

Pol. Está la yesca mojada.

Dian. ¿Luego á ese favor que os hago

no le dais estimacion?

Carl. Eso con veneracion,

mas no con amor le pago.

Pol. Necio, ni aun así lo pagues.

Carl. ¿Qué quieres? templa mi ardor,

aunque es fingido, el favor.

Pol. Pues enjuágate, y no tragues.

Dian. ¿Qué le has dicho?

Pol. Que al oillos,
agradezca tus favores.

Dian. Bien haces.

Pol. Esto es, señores, *ap.*
engañar á dos carrillos.

Dian. Si yo á querer algun día
me inclinase, fuera á vos.

Carl. ¿Por qué?

Dian. Porque entre los dos
hay oculta simpatía,
en llevar vos mi opinion,
en ser vos del genio mio;
y, á sufrirlo mi albedrío,
fuera á vos mi inclinacion.

Carl. Pues hiciérais mal.

Dian. No hiciera,
que sois galan.

Carl. No es por eso.

Dian. ¿Pues por qué?

Carl. Porque os confieso,
que yo no os correspondiera.

Dian. Pues si os viéades amar
de una mujer como yo,
¿no me quisiérades?

Carl. No.

Dian. Claro sois.

Carl. No sé engañar.

Pol. ¡Oh pecho heróico y valiente!

Dale por esos ijares:
si tú no se la pegares,
me la claven en la frente.

Dian. Mucho al enojo me acerco:
tal desahogo no he visto.

Pol. Desvergüenza es, vive Cristo.

Dian. ¿Has visto tal?

Pol. Es un puerco.

Dian. ¿Qué haré?

Pol. Meterle en la danza
de amor, y á puro desden
quemarle.

Dian. Tú dices bien,
que esa es la mayor venganza.
Yo os tuve por mas discreto.

Carl. ¿Pues qué he hecho contra razon?

Dian. Eso es ya desatencion.

Carl. No ha sido sino respeto;

y porque veias que es error
que haya en el mundo quien crea
que el que quiere lisonjea,
escuchad lo que es amor.

Amar, señora, es tener
inflamado el corazon
con un deseo de ver

á quien causa esta pasion,
que es la gloria del querer.

Los ojos que se agradaron
de algun sugeto que vieron,
al corazon trasladaron

las especies que cogieron,
y esta inflamacion causaron.

Su hidrópico ardor procura
apagar de sus antojos

la sed; y al ver la hermosura,
mas crece la calentura,

mientras mas beben los ojos.
Siendo esta fiebre mortal,

quien corresponde al amor
bien se vé que es desleal;

pues le remedia el dolor,
dándole mas fuerza al mal.

Luego el que amado se viere
no obliga en corresponder,

si daña como se infiere;
Pues oid como en querer

tampoco obliga el que quiere:
Quien ama con fe mas pura,

pretende de su pasion
aliviar la pena dura,

mirando aquella hermosura
que adora su corazon.

El contento de miralla
le obliga al ansia de vella;

eso en rigor es amalla;
luego aquel gusto que halla

le obliga solo á querella.
Y esto mejor se apercibe

del que aborrecido está;
pues aquel amando vive,

no por el gusto que dá,
sino por el que recibe.

Los que aborrecidos son
de la dama que apetece,

no sienten la desazon
que les causa su pasion

sino porque ellos padecen.
Luego, si por su tormento
el desden siente quien ama,
el que quiere mas atento,
no quiere el bien de su dama,
sino su propio contento.

A su propia conveniencia
dirige amor su fatiga:
luego es clara consecuencia,
que ni con amor se obliga,
ni con su correspondencia.

Dian. El amor es una union
de dos almas, que su ser
truecan por transformacion,
donde es fuerza que ha de haber
gusto, agrado y eleccion.
Luego si el gusto es despues
del agrado y la eleccion,
y ésta voluntaria es,
ya le debe obligacion,
si no amante, de cortés.

Carl. Si vuestra razon infiere
que amar es obligacion,
¿por qué os ofende el que quiere?

Dian. Porque yo tendré razon
para lo que yo quisiere.

Carl. ¿Y qué razon puede ser?

Dian. Yo otra razon no prevengo
mas, que quererla tener.

Carl. Pues esa es la que yo tengo
para no corresponder.

Dian. ¿Y si acaso el tiempo os muestra
que vence vuestra porfia?

Carl. Siendo una la razon nuestra,
si se venciere la mia,
no es muy segura la vuestra.

Suenan instrumentos.

Laur. Señora, los instrumentos
ya de ser hora dan señas
de comenzar el sarao
para las carnestolendas.

Pol. Y ya los príncipes vienen.

Dian. Tened todas advertencia
de prevenir las colores.

Pol. ¡Ah, señor, estar alerta!

Carl. ¡Ay Polilla, lo que finjo
toda una vida me cuesta!

Pol. Calla, que de enamorarla
te hartarás al ir con ella
por la obligacion del dia.

Carl. Disimula, que ya llegan.

*Salen los príncipes y los músicos
cantando.*

Music. Venid los galanes
á elegir las damas,
que en carnestolendas
amor se disfraza.

Falará, laralá, etc.

Bearn. Dudoso vengo, señora:
pues teniendo corta estrella,
vengo fiado en la suerte.

Gast. Aunque mi duda es la mesma,
el elegir la color
me toca á mi, que el ser buena,
pues le toca á mi fortuna,
ella debe cuidar de ella.

Dian. Pues sentaos, y cada uno
elija color, y sea,
como es uso, previniendo
la razon para escogerla;
y la dama que la tiene
salga con él, siendo deuda
el enamorarla en él,
y el favorecerle en ella.

Music. Venid los galanes
á elegir las damas, etc.

Bear. Esta es accion de fortuna,
y ella, por ser loca y ciega,
siempre le dá lo mejor
á quien tiene menos prendas:
yo, por no tener ninguna,
es forzoso que aquí sea
quien tenga mas esperanza;
y así, el escoger es fuerza
el color verde.

Cint. Si yo *ap.*

escojo de lo que queda
despues de Carlos, elijo
al de Bearne. Yo soy vuestra,
que tengo el verde: tomad.

Dale la cinta.

Bearn. Corona, señora, sea
de mi suerte el favor vuestro,
que á no serlo, eleccion fuera.

*Danzan una mudanza, pónense mas-
carillas, y retíranse á un lado, que-
dando en pie, y cantando los mú-
sicos.*

Music. Vivan los galanes
con sus esperanzas,
que para ser dichas
el tenerlas basta. *Falará, la, etc.*

Gast. Yo nunca tuve esperanza,
sino envidia, pues cualquiera
debe mas favor que yo
á las luces de su estrella;
y pues siempre estoy zeloso,
azul quiero.

Fen. Yo soy vuestra,
que tengo el azul; tomad. *dásele.*

Gast. Mudar de color pudiera,
pues ya, señora, mi envidia
con tan buena suerte cesa.

Danzan y retíranse.

MUSIC. No cesan los zelos
por lograr la dicha,
pues los hay entonces
de los que la envidian.

Falará, la, etc.

Pol. ¿Y yo he de elegir color?

Dian. Claro está.

Pol. Pues vaya fuera,
que ya salirme queria
á la cara la vergüenza.

Dian. ¿Qué color pides?

Pol. Yo tengo
hecho el buche á damas feas;
de suerte, que habrá de ser
muy mala la que me quepa.
De las damas que aquí miro,
no hay ninguna que no sea
como una rosa, y pues yo
la he de hacer mala por fuerza,
por si ella es como una rosa,
yo la quiero rosa seca.
Rosa seca, sal acá:
¿quién la tiene?

Laur. Yo soy vuestra,
que tengo el color; tomad. *dásele.*

Pol. ¿Yo aquí he de favoecerla,
y ella á mí ha de enamorarme?

Laur. No, sino al revés.

Pol. Pues vuelta;
enamórame al revés.

Laur. Que no ha de ser eso, bestia,
sino enamorarme tú.

Pol. ¿Yo? Pues toda la manteca
hecha pringue en la sartén
á tu blancura no llega,
ni con tu pelo se iguala
la frisa de la bayeta,
ni dos ojos de jabón
mas que los tuyos blanquean,

ni siete bocas hermosas,
las unas tras otras puestas,
son tanto como la tuya:
y no hablo de pies y piernas,
porque no hilo tan delgado;
que aunque yo con tu belleza
he caído, no he caído,
pues no cae el que no peca.

Danzan y retíranse.

MUSIC. Quien á rosas secas
su elección inclina,
tiene amor de rosas,
y temor de espinas.

Falará, la, etc.

Carl. Yo á elegir quedo el postrero,
y ha sido por la violencia
que me hace la obligacion
de haber de fingir finezas;
y pues ir contra el dictamen
del pecho es enojo y pena,
para que lo signifique,
de los colores que quedan
pido el color encarnado:
¿quién le tiene?

Dian. Yo soy vuestra,
que tengo el nacar; tomad. *dásele.*

Carl. Si yo, señora, supiera
el acierto de mi suerte,
no tuviera por violencia
fingir amor, pues ahora
le debo tener de veras.

Danzan y retíranse.

MUSIC. Iras significa
el color de nacar:
el desden no es ira;
quien tiene iras ama.

Falará, la, etc.

Pol. Ahora te puedes dar
un hartazgo de finezas,
como para quince dias;
mas no te ahites con ellas.

Dian. Guie la música, pues,
á la plaza de las fiestas,
y ya galanes y damas
vayan cumpliendo la deuda.

MUSIC. Vayan los galanes
todos con sus damas,
que en carnestolendas
amor se disfraza.

Falará, la, etc.

Vanse todos de dos en dos, y al entrar se detienen Diana y Carlos.

Dian. Yo he de rendir á este hombre, ó he de condenarme á necia. *ap.*

¡Qué tibio galan haceis!
bien se vé en vuestra tibieza
que es violencia enamorar;
y siendo el fingirlo fuerza,
no saberlo hacer, no es falta
de amor, sino de agudeza.

Carl. Si yo hubiera de fingirlo,
no tan remiso estuviera,
que donde no hay sentimiento
está mas pronta la lengua.

Dian. ¿Luego estais enamorado
de mí?

Carl. Si no lo estuviera,
no me atára este temor.

Dian. ¿Qué decís? ¿hablais de veras?

Carl. ¿Pues si el alma lo publica,
puede fingirlo la lengua?

Dian. ¿Pues no dijisteis que vos
no podeis querer?

Carl. Eso era,
porque no me habia tocado
el veneno de esta flecha.

Dian. ¿Qué flecha?

Carl. La de esta mano,
que el corazon me atraviesa;
y como el pez, que introduce
su venenosa violencia
por el hilo y por la caña,
y al pescador pasma y hiela
el brazo que la tiene,
á mí el alma me penetra
el dulce ardiente veneno
que de vuestra mano bella
se introduce por la mia,
y hasta el corazon me llega.

Dian. ¡Albricias, ingenio mio, *ap.*
que ya rendí su soberbia!
Ahora probará el castigo
del desden de mi belleza.

¿Que en fin, vos no imaginábais
querer, y quereis de veras?

Carl. Toda el alma se me abrasa,
todo mi pecho es centellas.
Temple en mí vuestra piedad
este ardor que me atormenta.

Dian. Soldad, ¿qué decís? soldad.

Quítase la mascarilla Diana y suél-

tafe la mano.

¡Yo favor! La pasion ciega
para el castigo os disculpa,
mas no para la advertencia.

¿A mí me pedís favor,
diciendo que amais de veras?

Carl. ¡Cielos, yo me despeñé! *ap.*
pero válgame la enmienda.

Dian. ¿No os acordais de que os dije
que en queriéndome era fuerza
que sufriéreis mis desprecios,
sin que os valiese la queja?

Carl. ¿Luego de veras hablais?

Dian. Pues vos ¿no quereis de veras?

Carl. ¡Yo, señora! ¿Pues se pudo
trocar mi naturaleza?

¿Yo quèrer de veras? ¿yo?

¡Jesus, qué error! ¿Eso piensa
vuestra hermosura? ¿Yo amor?
Pues cuando yo le tuviera,
de vergüenza lo callára:

esto es cumplir con la deuda
de la obligacion del dia.

D. ¿Qué me decís? ¿Yo estoy muerta! *ap.*

¿Que no es de veras? ¿Qué escucho! *ap.*

¿Pues cómo aquí?.. á hablarno acierta
mi vanidad de corrida.

Carl. ¿Pues vos, siendo tan discreta,
no conoceis que es fingido?

Dian. ¿Pues aquello de la flecha,
del pez, del hilo, y la caña,
y el decir que el desden era,
porque no os habia tocado
del veneno la violencia?

Carl. Pues eso es fingirlo bien:
¿tan necio quereis que sea,
que cuando á fingir me ponga,
lo finja sin apariencia?

Dian. ¿Qué es esto que me sucede! *ap.*

¿Yo he podido ser tan necia,
que me haya hecho este desaire?

Del incendio de esta afrenta
el alma tengo abrasada;

mucho temo que lo entienda.
Yo he de enamorar á este hombre,

si toda el alma me cuesta.

Carl. Mirad que esperan, señora.

Dian. ¿Que á mí este error me suceda!

¿Pues cómo vos...?

Carl. ¿Qué decís?

D. ¿Qué iba yo á hacer? ya estoy ciega: *ap.*

poneos la máscara, y vamos.

Carl. No has sido mala la enmienda. *ap.*

¡Así trata el rendimiento!

¡Ah cruel! ¡ah ingrata! ¡ah fiera!

yo echaré sobre mi fuego
toda la nieve del Etna.

Dian. Cierto que sois muy discreto,

y lo fingis de manera,

que lo tuve por verdad.

Carl. Cortesania fue vuestra

el fingiros engañada,

por favorecer con ella,

que con eso habeis cumplido

con vuestra naturaleza,

y la obligacion del dia:

pues fingiendo la cautela

de engañaros, porque á mí

me dais crédito con ella,

favoreceis el ingenio,

y despreciáis la fineza.

Dian. Bien agudo ha sido el modo *ap.*

de motejar me de necia:

mas así le he de engañar.

Venid, pues; y aunque yo sepa

que es fingido, proseguid,

que eso á estimaros me empeña

con mas veras.

Carl. ¿De qué suerte?

Dian. Hace á mi desden mas fuerza

la discrecion, que el amor,

y me obligais mas con ella.

Carl. ¿Quién no entendiese su intento!
yo la volveré la flecha. *ap.*

Dian. ¿No proseguís?

Carl. No señora.

Dian. ¿Por qué?

Carl. Me ha dado tal pena

el decirme que os obligo,

que me ha hecho perder la senda

del fingirme enamorado.

Dian. ¿Pues vos, qué perder pudiérais

en tenerme á mi obligada

con vuestra atencion discreta?

Carl. Arriesgarme á ser querido.

Dian. ¿Pues tan mal os estuviera?

Carl. Señora, no está en mi mano;

y si yo en eso me viera,

fuera cosa de morirme.

Dian. ¿Qué esto escuche mi belleza! *ap.*

¿Pues vos presumís que yo

puedo quereros?

Carl.

Vos mesma

decís, que la que agradece

está de querer muy cerca:

pues quien confiesa que estima,

¿qué falta para que quiera?

Dian. Menos falta para injuria

á vuestra loca soberbia;

y eso poco que le falta,

pasando ya de grosera,

quiero excusar con dejaros:

idos.

Carl. ¿Pues cómo á la fiesta

quereis faltar? ¿puede ser

sin dar causa á otra sospecha?

Dian. Ese riesgo á mí me toca:

decid que estoy indispuesta,

que me ha dado un accidente.

Carl. ¿Luego con eso licencia

me dais para no asistir?

D. Si os mando que os vais ¿no es fuerza?

Carl. Me habeis hecho un gran favor:

guarde Dios á vuestra alteza. *Vase.*

Dian. ¿Qué es esto que por mí pasa?

Tan corrida estoy, tan ciega,

que si supiera algun medio

de triunfar de su soberbia,

aunque arriesgára el respeto,

por rendirle á mi belleza,

á costa de mi decoro

comprára la diligencia.

Sale Polilla.

Pol. ¿Qué es esto, señora mia?

¿cómo se ha aguado la fiesta?

Dian. Hame dado un accidente.

Pol. Si es cosa de la cabeza,

dos parches de tacamaca,

y que te traigan las piernas.

Dian. No tienen piernas las damas.

Pol. Pues por esta razon mesma

digo yo que te las traigan:

¿mas qué ha sido tu dolencia?

Dian. Aprieto del corazon.

Pol. ¡Jesus! pues si no es mas de esa,

sángrate y púrgate luego,

y échate unas sanguijuelas,

dos docenas de ventosas,

y al instante estarás buena.

Dian. Caniquí, yo estoy corrida

de no vencer la tibieza

de Carlos.

Pol. ¿Pues eso dudas?

¿Quieres que por tí se pierda?
Dian. ¿Pues cómo se ha de perder?

Pol. Hazle que tome una renta.

Pero, de veras hablando,
 ¿tú, señora, no deseas
 que se enamore de tí?

Dian. Toda mi corona diera
 por verle morir de amor.

Pol. ¿Y es eso cariño, ó tema?
 la verdad, ¿te entra el Carlillos?

Dian. ¿Qué es cariño? yo soy peña:
 para abrasarle á desprecios,
 á desaires y violencias,
 lo desco solo.

Pol. ¿Zape! *ap.*
 aun está verde la breva;
 mas ella madurará,
 como hay muchachos y piedras.

Dian. Yo sé que él gusta de oír
 cantar.

Pol. Mucho, como sea
 la pasión, ó algun buen salmo,
 cantado con castañetas.

Dian. ¿Salmo! ¿qué dices?

Pol. Es cosa,
 señora, que eso le eleva;
 lo que es música de salmos
 pierde su juicio por ella.

Dian. Tú has de hacer por mí una cosa.

Pol. ¿Qué?

Dian. Abierta hallarás la puerta
 del jardín; yo con mis damas
 estaré allí; y sin que él sepa

Sale Carlos.

Carl. ¿Polilla, amigo?

Pol. ¿Carlos, bravo cuento!

Carl. ¿Pues qué ha habido de nuevo?

Pol. Vencimiento.

Carl. ¿Pues tú que has entendido?

Pol. Que para enamorarte, me ha pedido
 que te lleve al jardín, donde has de vella,
 mas hermosa y brillante que una estrella,
 cantando con sus damas,
 que como te imagina duro tanto,
 ablandarte pretende con el canto.

Carl. ¿Eso hay? mucho lo extraño.

Pol. Mira si es liviandad de buen tamaño,
 y si está ya harto ciega,
 pues esto hace, y de mí á fiarlo llega.

Tocan dentro.

Carl. Ya escucho el instrumento.

que es cuidado, cantaremos:
 tú has de decir que le llevas
 porque nos oiga cantar,
 diciendo, que aunque le vean,
 á tí te echarán la culpa.

Pol. Tú has pensado brava treta,
 porque en viéndote cantar
 se ha de hacer una jalea.

Dian. Pues ve á buscarle al momento.

Pol. Llevaréle con cadena:
 á oír cantar irá el otro
 tras de un entierro; mas sea
 buen tono.

Dian. ¿Qué te parece?

Pol. Alguna cosa burlesca,
 que tenga mucha alegría.

Dian. ¿Cómo que?

Pol. Un requiem eternam

Dian. Mira que voy al jardín.

Pol. Pues ponte como una Eva,
 para que caiga este Adán.

Dian. Allá espero. *Vase.*

Pol. Norabuena,
 que tú has de ser la manzana,
 y has de llevar la culebra.
 Señores, ¡que estas locuras
 ande haciendo una princesa!
 ¿Mas quien tiene la mayor,
 qué mucho que esotras tenga?
 porque las locuras son
 como un plato de cerezas,
 que tirando de la una,
 las otras se van tras ella.

Pol. Esta ya es tuya.

Carl. Calla, que cantan ya.

Pol. Pues aleluya.

Musíc. *Olas eran de zafir
las del mar solo esta vez,
con el que siempre le aclaman
los mares segundo rey.*

Pol. Vamos, señor.

Carl. ¿Qué dices, que yo muero?

Pol. Deja eso á los pastores de la Arcadia,
y vámonos allá, que esto es primero.

Carl. ¿Y qué he de hacer?

Pol. Entrar y no miralla,
y divertirte con la copia bella
de flores; y aunque ella
se haga rajas cantando, no escuchalla,
porque se abrase.

Carl. No podré emprenderlo.

Pol. ¿Cómo no? Vive Cristo que has de hacerlo,
ó te tengo de dar con esta daga,
que traigo para eso, que esta llaga
se ha de curar con escozor.

Carl. No intentes
eso, que no es posible que lo allanes.

Pol. Señor, tu has de sufrir polvos de Juanes,
que toda el alma tienes ya podrida.

Músic.

Carl. Otra vez cantan; oye por tu vida.

Pol. ¡Pese á mi alma! vamos,
no en eso tiempo pierdas.

Carl. Attendamos,
que luego entrar podemos.

Pol. Allá desde mas cerca escucharemos:
anda con Barrabás.

Carl. Oye primero.

Pol. Has de entrar, vive Dios.

Carl. Oye.

Pol. No quiero.

*Métele á empellones, y salen Diana
y todas las damas en guardapieses
y justillos, cantando.*

Musíc. *Olas eran de zafir
las del mar solo esta vez,
con el que siempre le aclaman
los mares segundo rey.*

Dian. ¿No habeis visto entrar á Carlos?

Cint. No solo no le hemos visto,
mas ni aun de que venir pueda
en el jardin hay indicio.

Dian. Laura, ten cuenta, si viene.

Laur. Ya yo, señora, lo miro.

Dian. Aunque arriesgue mi decoro,

he de vencer sus desvíos.

Laur. Cierito que estas tan hermosa,
que ha de faltarle el sentido,
si te vé, y no se enamora;
mas, señora, ya le he visto;
ya está en el jardin.

Dian. ¿Qué dices?

Laur. Que con Caniquí ha venido.

Dian. Pues volvamos á cantar,
y sentaos todas conmigo.

*Siéntanse y salen Polilla y
Carlos.*

Pol. No te derritas, señor.

Carl. Polilla, ¿no es un prodigio

su belleza? en aquel traje doméstico es un hechizo.

Pol. ¿Qué bravas están las damas en guardapiés y justillo!

Carl. ¿Para qué son los adornos donde hay sin ellos tal brio?

Pol. Mira, estas son como el cardo, que el hortelano advertido le deja las pencas malas, que aunque no son de servicio, abultan para venderle; pero después de vendido, solo se come el cogollo:

pues las damas son lo mismo; lo que se come es aquesto, que el moño y el artificio de las faldas son las pencas, que se echan á los horricos.

Pero vuelve allá la cara, no mires, que vás perdido.

Carl. Polilla, no he de poder.

Pol. ¿Que llamas no? Vive Cristo, que he de meterte la daga si vuelves. *Pónela la daga á la cara.*

Carl. Ya no la miro.

Pol. Pues la estás oyendo, engaña los ojos con los oídos.

Carl. Pues vámonos alargando, porque si canta, el no oírlo no parece que es cuidado, sino divertirme el sitio.

Cint. Ya te escucha, cantar puedes.

Dian. Así vencerle imagino.

CANTA. El que solo de su abril escogió mayo cortés,
por gala de su esperanza,
las flores de su desden....

Dian. ¿No ha vuelto á oír?

Laur. No señora.

Dian. ¿Cómo no? ¿pues no me ha oído?

Cint. Puede ser, porque está lejos.

Carl. En toda mi vida he visto mas bien compuesto jardín.

Pol. Vaya de eso, que eso es lindo.

Dian. El jardín está mirando; este hombre está sin sentido; ¿qué es esto? Cantemos todas, para ver si vuelve á oírnos.

CANTAN TODAS.

*A tan dichoso favor
sirva tan florido mes,*

*por gloria de sus trofeos
rendido le bese el pie.*

Carl. ¿Qué bien hecho está aquel cuadro de sus armas! ¿qué pulido!

Pol. Harto mas pulido es eso.

Dian. ¿Que esto escucho! ¿que esto miro!
¿Los cuadros está alabando,
cuando yo canto!

Carl. No he visto yedra mas bien enlazada:
¿qué hermoso verde!

Pol. Eso pido:
date en lo verde, que engordas.

Dian. No me ha visto, ó no me ha oído:
Laura, al descuido le advierte
que estoy yo aquí. *Levántase Laura.*

Cint. Este capricho la ha de despeñar á amar.

Laur. Carlos, estad advertido, que está aquí dentro Diana.

Carl. Tiene aquí un famoso sitio:
los laureles están buenos;
pero entre aquellos jacintos
aquel pie de guindo afea.

Pol. ¿Oh qué lindo pie de guindo!

Dian. ¿No se lo advertiste, Laura?

Laur. Ya, señora, se lo he dicho.

Dian. Ya no yerra de ignorancia;
¿pues cómo está divertido?

*Pasan por delante de ellas, llevándole Polilla la daga junto á la cara
porque no vuelva.*

Pol. Señor, por aquesta calle pasa sin mirar.

Carl. Rendido estoy á mi resistencia:
volver temo.

Pol. Ten, por Cristo, que te herirás con la daga.

Carl. Ya no puedo mas, amigo.

Pol. Hombre, mira que te clavas.

Carl. ¿Qué quieres? ya me he vencido.

Pol. Vuelve por esotro lado.

Carl. ¿Por acá?

Pol. Por allá digo,

Dian. ¿No ha vuelto?

Laur. Ni lo imagina.

Dian. Yo no creo lo que miro:

ve tú al descuido, Fenisa,
y vuelve á darle el aviso.

Levántase Fenisa.

Pol. Otro correo dispara,
mas no dán lumbre los tiros.

Fenisa. ¿Carlos?

Carl. ¿Quién llama?

Pol. ¿Quién es?

Fen. Ved, que Diána os ha visto.

Carl. Admirado de esta fuente,
en verla me he divertido,
y no había visto á su alteza:
decid, que ya me retiro.

Dian. ¡Cielos! sin duda se va:
oid, escuchad, á vos digo. *Levántase.*

Carl. ¿A mí, señora?

Dian. Sí, á vos.

Carl. ¿Qué mandais?

Dian. ¿Cómo, atrevido
habeis entrado aquí dentro,
sabiendo que en mi retiro
estaba yo con mis damas?

Carl. Señora, no os había visto:
la hermosura del jardín
me llevó, perdon os pido.

Dian. Esto es peor, que aun no dice
que para escucharme vino. *ap.*
¿Pues no me oiste?

Carl. No señora.

Dian. No es posible.

Carl. Un yerro ha sido,
que solo enmendarse puede
con no hacer mas el delito. *Vase.*

Cint. Señora, este hombre es un tronco.

Dian. Déjame, que sus desvíos
el sentido han de quitarme.

Cint. Aquesto va ya perdido; *ap.*

si ella no está enamorada
de Carlos, ya va camino. *Vase.*

Dian. ¡Cielos, qué es esto que veo!
un Etna es cuanto respiro:
¡yo despreciada!

Pol. Eso sí,
pese á su alma, dé brincos.

Dian. ¿Caniquí?

Pol. ¿Señora mía?

D. ¿Qué es esto? ¿Este hombre no vino
á escucharme?

Pol. Sí señora.

Dian. ¿Pues cómo no ha vuelto á oírlo?

Pol. Señora, es loco de atar.

Dian. ¿Pues qué respondió, ó qué dijo?

Pol. Es vergüenza.

Dian. Dilo pues.

Pol. Que cantábais como niños
de escuela, y que no queria
escucharos.

Dian. ¿Eso ha dicho?

Pol. Sí señora.

Dian. ¿Hay tal desprecio!

Pol. Es un bobo.

Dian. ¿Estoy sin juicio!

Pol. No hagais caso.

Dian. ¿Estoy mortal!

Pol. Que es un bárbaro.

Dian. Eso mismo
me ha de obligar á rendirle,
si muero por conseguirlo. *Vase.*

Pol. Buena va la danza, alcalde,
y da en la albarda el granizo.

JORNADA TERCERA.

Salen Carlos, Polilla, don Gaston y el príncipe de Bearne.

Bearn. Carlos, nuestra amistad nos dá licencia
de valernos de vos para este intento.

Carl. Ya sabeis que es segura mi obediencia.

Bearn. En fé de eso os consulto el pensamiento.

Pol. Va de consulta, y salga la propuesta,
que todo lo demas es molimiento.

Bearn. Ya vos sabeis que no ha quedado fiesta,
fineza, ostentacion, galanteria,

para mi nobleza un lauro.
Enamorado de mí
pide, señora, mi mano;
solo tu favor me falta
para la dicha que aguardo.

Dian. ¡Esto es justicia de Amor: ap.
uno tras otro el agravio!

¿No me doy ya por vencida?
¿qué mas quieres, Dios tirano?

Cint. ¿No me respondes, señora?

Dian. Estaba, Cintia, mirando
de qué modo es la fortuna
en sus inciertos acasos.
Anhela un pecho infeliz,
con dudas y sobresaltos,
diligencias y deseos,
por un bien imaginado:
solo porque le desea,
huye de él, y es tan ingrato,
que de otro que no le busca
se vá á poner en la mano.

Yo, de su desden herida,
procuré rendir á Carlos:
obliguéle con favores,
hice finezas en vano:
siempre en él hallé desvío,
y, sin buscarle tu alhago,
lo que huyó de mi deseo,
se vá á rendir á tus brazos.

Yo estoy ciega de ofendida,
y el favor que me has rogado
que te dé, te pido yo
para vengar este agravio.

Llore Carlos tu desprecio,
sienta su pecho tirano
la llama de tu desvío,
pues yo en la suya me abraso.
Véngame de su soberbia:
hállete su amor de marmol;
pene, suspire, y padezca
en tu desden, y llorando
sufra....

Cint. Señora, ¿qué dices?

Si él conmigo no es ingrato,
¿por qué he de dar yo castigo
á quien me hace un agasajo?
¿Por qué me has de persuadir
lo que tú estas condenando?
Si en él su desden no es bueno,
tambien en mí será malo:
yo le quiero, si él me quiere.

Dian. ¿Qué es quererle? ¿tú de Carlos
amada, y yo despreciada?

¿Tú con él casarte, cuando
del pecho se está saliendo
el corazon á pedazos?

¿Tú logrando sus cariños,
cuando su desden helado,
trocados efecto y causa,
abrasa mi pecho á rayos?

Primero, ¿viven los cielos!
fueran las vidas de entrambos
asunto de mi venganza,
aunque con mis propias manos
sacára á Carlos del pecho,
donde á mi pesar ha entrado,
y para morir con él,
matára en mí su retrato.

¿Carlos casarse contigo,
cuando yo por él me abraso,
cuando adoro su desvío
y su desden idolatro?

¿Pero qué digo? ¡ay de mí! ap.

¿Yo así mi decoro ultrajo?

Miente mi labio atrevido,
miente; mas él no es culpado,
que si está loco mi pecho,
¿cómo ha de estar cuerdo el labio?

Mas yo me rindo al dolor
para hacer de uno dos daños.
Muera el corazon y el pecho,
y viva de mi recato

la entereza. Cintia, amiga,
si á tí te pretende Carlos,
si dá amor á tu descuido
lo que niega á mi cuidado,
cásate con él y logra
casto amor en dulces lazos.

Yo solo quise vencerle,
y este fue un empeño vano
de mi altivez, que ya veo
que fue locura intentarlo,
siendo accion de la fortuna;
pues, como se ve en sus casos,
siempre consigue el dichoso
lo que intenta el desdichado.
El ser querida una dama
de quien desea, no es lauro,
sino dicha de su estrella;
y cuando yo no la alcanzo,
no se infiere que no tengo
en mi hermosura y mi aplauso

partes para merecerlo,
sino suerte para hallarlo.
Y pues yo no la he tenido
para lo que he deseado,
lógjala tú que la tienes;
dále de esposa la mano,
y triunfe tu corazon
de sus rendidos alhagos.
Enlace... ¿pero qué digo?
que me estoy atravesando
el corazon; no es posible
resistir á lo que paso.
Toda el alma se me abrasa.
¿Para qué, cielos, lo callo,
si por los ojos asoma
el incendio que disfrazo?
Yo no puedo resistirle;
pues cuando lo mienta el labio,
¿cómo he de encubrir el fuego,
que el humo está publicando?
Cintia, yo muero; el delito
de mi desden me ha llevado
á este mortal precipicio
por la senda de mi engaño.
El Amor, como deidad,
mi altivez ha castigado,
que es niño para las burlas,
y dios para los agravios.
Yo quiero, en fin, ya lo dije,
y á tí te lo he confesado,
á pesar de mi decoro,
porque tienes en tu mano
el triunfo que yo deseo:
mira si habiendo pasado
por la afrenta del decirlo,
te estará bien el dejarlo. *Vase.*

Laur. ¡Jesus! el cuento del loco
él por él está pasando.

Cint. ¿Qué dices, Laura, qué dices?

Laur. Viendo prohibido el plato,
Diana se hartó de amor,
y del desden ha sanado.

Salen el conde de Barcelona y los principes.

Cond. Principes, vos me dais tan buena nueva,
que es justo que os la acepte, y aun os deba
lo que á vuestra persona
pago en daros mi hija y mi corona.

Gast. Pues aunque yo, señor, no haya tenido
la dicha que Bearne ha conseguido,
siempre estaré contento
de que él haya logrado el vencimiento,

Cint. ¡Ay Laura! ¿pues qué he de hacer?

Laur. ¿Qué, señora? asegurarlo;
y al de Bearne, que es fijo,
no soltarle de la mano
hasta ver en lo que para.

Cint. Calla, que aquí viene Carlos.

Salen Polilla y Carlos.

Pol. Las unciones del desprecio,
señor, la vida la han dado.

¿Gran cura hemos hecho en ella!

Carl. Si es cierto, gran triunfo alcanzo.

Pol. Haz cuenta que ya está sana,
porque queda babeando.

Carl. ¿Y has conocido que quiere?

Pol. ¿Cómo querer? por san Pablo,
que me vine huyendo de ella,
porque la ví querer tanto,
que temí que echase el resto,
y me destruyese.

Cint. ¿Carlos?

Carl. ¿Cintia hermosa?

Cint. Vuestra dicha
logra ya triunfo mas alto
que el que en mi mano pretende.
Vuestro descuido ha triunfado
del desden que no ha vencido
en Diana el agasajo
de los principes amantes:
ella os quiere, y yo me aparto
de mi esperanza por ella,
y por vos, si es vuestro el lauro.

Carl. ¿Qué es lo que decís, señora?

Cint. Que ella me lo ha confesado.

Pol. ¡Toma si purga! Señor,
no hay en la botica emplasto
para las mujeres locas,
como un parche de mal trato.
Mas aquí su padre viene
y los principes; al caso,
señor, y aunque esté rendida,
declárate con resguardo.

que tanto he deseado,
por la parte que debe á mi cuidado,
y el parabien le doy de este trofeo.

Carl. Y tambien le admitid de mi deseo.

Bearn. Carlos, yo le recibo,
y el mio os apercibo,
pues en Cintia lograis tan digno dueño,
que envidiára el empeño,
á no lograr el mio.

Dian. (al paño). ¿Dónde me lleva el loco desvarío
de mi pasion? ¿Yo estoy muriendo, cielos,
de envidias y de zelos!

Mas los principes todos se han juntado,
y mi padre con ellos:
sin alma llevo á vellos;
pues si su fin no alcanza,
yo tengo de morir con mi esperanza.

Cond. Carlos, pues vos pedís á mi sobrina,
yo, pagando el deseo que os inclina,
os ofrezco su mano;
y pues tanto sosiego en esto gano,
háganse juntas todas
las bodas de Diana, y vuestras bodas.

Dian. ¡Cielos! ya estoy mi muerte imaginando.

Pol. Señor, Diana alli te está escuchando,
y has menester un modo muy discreto
de declararte, porque tenga efeto;
que vá con condiciones el partido,
y si yerras el cabe, vas perdido.

Carl. Yo, señor, á Barcelona
vine, mas que á pretender,
á festejar de Diána
la hermosura y el desden:
y aunque es verdad que de Cintia
el hermoso roscier
amaneció en mi deseo
á la luz del querer bien,
la entereza de Diána,
que tan de mi genio fue,
ha ganado en mi albedrio
tanto imperio, que no haré
cosa que no sea su gusto;
porque la hermosa altivez
de su desden me ha obligado
á que yo viva por él:
y puesto que haya pedido
mi amor á Cintia, ha de ser,
siendo así su voluntad,
pues la mía suya es.

Cond. ¿Pues quién duda que Diána
de eso muy contenta esté?

Pol. Eso lo dirá su alteza,
por hacerme á mí merced.

Sale Diana.

Dian. Si diré; pero señor,
¿vos contento no estareis,
si yo me caso, que sea
con cualquiera de los tres?

Cond. Sí, que todos son iguales.

Dian. ¿Y vosotros quedareis
de mi eleccion ofendidos?

Bearn. Tu gusto, señora, es ley.

Gast. Y todos la obedecemos.

Dian. Pues el principe ha de ser
quien dé á mi prima la mano,
y quien á mí me la dé,
el que vencer ha sabido
el desden con el desden.

Carl. ¿Y quién es ese?

Dian. Tú solo.

Carl. Dame ya los brazos, pues.

Pol. Y mi bendicion os caiga
por siempre jamas amen.

Bearn. Pues esta, Cintia, es mi mano.

Cint. Contenta quedo tambien.

Laur. Pues tû, Caniquí, eres mio.

Pol. Sacúdanse todos bien,
que no soy sino Polilla;

mamola, vuesa merced.

Y con esto, y con un vitor,
que pide humilde y cortés
el ingenio, aquí se acaba
el Desden con el Desden.

Vanse todos de dos en dos, y al entrar se detienen Diana y Carlos.

Dian. Yo he de rendir á este hombre, ó he de condenarme á necia. *ap.*

¿Qué tibio galán haceis!
bien se vé en vuestra tibieza
que es violencia enamorar;
y siendo el fingirlo fuerza,
no saberlo hacer, no es falta
de amor, sino de agudeza.

Carl. Si yo hubiera de fingirlo,
no tan remiso estuviera,
que donde no hay sentimiento
está mas pronta la lengua.

Dian. ¿Luego estais enamorado
de mí?

Carl. Si no lo estuviera,
no me atára este temor.

Dian. ¿Qué decís? ¿hablais de veras?

Carl. ¿Pues si el alma lo publica,
puede fingirlo la lengua?

Dian. ¿Pues no dijisteis que vos
no podeis querer?

Carl. Eso era,
porque no me habia tocado
el veneno de esta flecha.

Dian. ¿Qué flecha?

Carl. La de esta mano,
que el corazon me atraviesa;
y como el pez, que introduce
su venenosa violencia
por el hilo y por la caña,
y al pescador pasma y hiela
el brazo con que la tiene,
á mí el alma me penetra
el dulce ardiente veneno
que de vuestra mano bella
se introduce por la mia,
y hasta el corazon me llega.

Dian. ¿Albricias, ingenio mio, *ap.*
que ya rendí su soberbia!
Ahora probará el castigo
del desden de mi belleza.

¿Que en fin, vos no imaginábais
querer, y quereis de veras?

Carl. Toda el alma se me abrasa,
todo mi pecho es centellas.
Temple en mi vuestra piedad
este ardor que me atormenta.

Dian. Soltad, ¿qué decís? soltad.

Quítase la mascarilla Diana y suel-

tale la mano.

¿Yo favor! La pasión ciega
para el castigo os disculpa,
mas no para la advertencia.
¿A mí me pedis favor,
diciendo que amais de veras?

Carl. ¿Cielos, yo me despené! *ap.*
pero válgame la enmienda.

Dian. ¿No os acordais de que os dije
que en queriéndome era fuerza
que sufriérais mis desprecios,
sin que os valiese la queja?

Carl. ¿Luego de veras hablais?

Dian. Pues vos ¿no quereis de veras?

Carl. ¿Yo, señora! ¿Pues se pudo
trocar mi naturaleza?

¿Yo querer de veras? ¿yo?

¿Jesus, qué error! ¿Eso piensa
vuestra hermosura? ¿Yo amor?
Pues cuando yo le tuviera,
de vergüenza lo callára:

esto es cumplir con la deuda
de la obligacion del día.

D. ¿Qué me decís? ¿Y estoy muerta! *ap.*

¿Que no es de veras? ¿Qué escucho! *ap.*

¿Pues cómo aquí? ¿A hablar no acierta
mi vanidad de corrida.

Carl. ¿Pues vos, siendo tan discreta,
no conocéis que es fingido?

Dian. ¿Pues aquello de la flecha,
del pez, del hilo, y la caña,
y el decir que el desden era,
porque no os habia tocado
del veneno la violencia?

Carl. Pues eso es fingirlo bien:

¿tan necio quereis que sea,
que cuando á fingir me ponga,
lo finja sin apariencia?

Dian. ¿Qué es esto que me sucede! *ap.*

¿Yo he podido ser tan necia,
que me haya hecho este desaire?
Del incendio de esta afrenta
el alma tengo abrasada;
mucho temo que lo entienda.
Yo he de enamorar á este hombre,
si toda el alma me cuesta.

Carl. Mirad que esperan, señora.

Dian. ¿Que á mí este error me suceda!

¿Pues cómo vos...?

Carl. ¿Qué decís?

D. ¿Qué iba yo á hacer? ya estoy ciega: *ap.*

poneos la máscara, y vamos.

Carl. No hasido mala la enmienda. *ap.*

¡Así trata el rendimiento!

¡Ah cruel! ¡ah ingrata! ¡ah fiera!

yo echaré sobre mi fuego
toda la nieve del Etna.

Dian. Cierto que sois muy discreto,
y lo fingis de manera,
que lo tuve por verdad.

Carl. Cortesania fue vuestra
el fingiros engañada,
por favorecer con ella,
que con eso habeis cumplido
con vuestra naturaleza,
y la obligacion del dia;
pues fingiendo la cautela
de engañaros, porque á mí
me dais crédito con ella,
favoreceis el ingenio,
y despreciáis la fineza.

Dian. Bien agudo ha sido el modo *ap.*
de motejarme de necia:
mas así le he de engañar.

Venid, pues; y aunque yo sepa
que es fingido, proseguid,
que eso á estimaros me empeña
con mas veras.

Carl. ¿De qué suerte?

Dian. Hace á mi desden mas fuerza
la discrecion, que el amor,
y me obligais mas con ella.

Carl. ¿Quién no entendiese su intento!
yo la volveré la flecha. *ap.*

Dian. ¿No proseguís?

Carl. No señora.

Dian. ¿Por qué?

Carl. Me ha dado tal pena
el decirme que os obligo,
que me ha hecho perder la senda
del fingirme enamorado.

Dian. ¿Pues vos, qué perder pudiérais
en tenerme á mi obligada
con vuestra atencion discreta?

Carl. Arriesgarme á ser querido.

Dian. ¿Pues tan mal os estuviera?

Carl. Señora, no está en mi mano;
y si yo en eso me viera,
fuera cosa de morirme.

Dian. ¿Qué esto escuche mi belleza! *ap.*
¿Pues vos presumís que yo
puedo quererlos?

Carl.

Vos mesma

decís, que la que agradece
está de querer muy cerca:
pues quien confiesa que estima,
¿qué falta para que quiera?

Dian. Menos falta para injuria
á vuestra loca soberbia;
y eso poco que le falta,
pasando ya de grosera,
quiere excusar con dejaros
idos.

Carl. ¿Pues cómo á la fiesta
quereis saltar? ¿puede ser
sin dar causa á otra sospecha?

Dian. Ese riesgo á mí me toca:
decid que estoy indisputa,
que me ha dado un accidente.

Carl. ¿Luego con eso licencia
me dais para no asistir?

D. Si os mando que os vais ¿no es fuerza?

Carl. Me habeis hecho un gran favor:
guarde Dios á vuestra alteza. *Vase.*

Dian. ¿Qué es esto que por mí pasa?
Tan corrida estoy, tan ciega,
que si supiera algun medio
de triunfar de su soberbia,
aunque arriesgára el respeto,
por rendirle á mi belleza,
á costa de mi decoro
comprára la diligencia.

Sale Polilla.

Pol. ¿Qué es esto, señora mia?

¿cómo se ha agitado la fiesta?

Dian. Hame dado un accidente.

Pol. Si es cosa de la cabeza,
dos parches de tacamaca,
y que te traigan las piernas.

Dian. No tienen piernas las damas.

Pol. Pues por esta razon mesma

digo yo que te las traigan:

¿mas qué ha sido tu dolencia?

Dian. Aprieto del corazon.

Pol. ¡Jesus! pues si no es mas de esa,
sángrate y púrgate luego,
y échate unas sanguijuelas,
dos docenas de ventosas,
y al instante estarás buena.

Dian. Caniqui, yo estoy corrida
de no vencer la tibieza
de Carlos.

Pol. ¿Pues eso dudas?